

Históricas Digital

Salvador Bernabéu Albert

“Franciscanos y tahitianos. Desencuentros en una fallida misión oceánica, 1772-1775”

p. 127-154

Nueva España y el Pacífico hispánico. Un homenaje a Carmen Yuste

María del Pilar Martínez López-Cano, Guadalupe Pinzón Ríos y Javier Sanchiz Ruiz (coordinación)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

416 p.

Mapas y cuadros

ISBN 978-607-30-8006-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/798/homenaje-yuste.html>

D. R. © 2023. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



SEGUNDA PARTE
INCURSIONES TERRITORIALES Y NEGOCIACIONES
COMERCIALES EN EL ÁMBITO TRANSPACÍFICO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



FRANCISCANOS Y TAHITIANOS

DESENCUENTROS EN UNA FALLIDA MISIÓN OCEÁNICA, 1772-1775

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Escuela de Estudios Hispano-Americanos-Instituto de Historia,
Consejo Superior de Investigaciones Históricas (CCHS)

Introducción

Los peores augurios se cumplieron. La entrada tardía de España en la guerra de los Siete Años (1756-1763) demostró la superioridad de Inglaterra en los mares y su eficacia en la ocupación de plazas, como La Habana y Manila, consideradas casi inexpugnables.¹ La reacción de Carlos III y sus secretarios es bien conocida en el virreinato de la Nueva España, que se militarizó y emprendió un ambicioso plan de mejoras en las fortificaciones, reorganización de presidios y ocupación de amplios territorios fronterizos.² Más al sur, el virreinato peruano no le fue a la zaga; estaba al frente de él el eficaz y severo Manuel de Amat y Junyent (1761-1776), quien consiguió tan alta distinción tras demostrar su eficacia militar en la capitanía general de Chile (1755-1761).

Vástago de una noble familia catalana, Manuel de Amat conocía bien las artes de la guerra, las debilidades geoestratégicas del sur del continente y las características de las poblaciones hispanas que vivían en las costas del Pacífico, habituadas tanto a las incursiones de naves enemigas como a los ataques de tribus indias del interior del país. Las labores del virrey limeño fueron ingentes, desde la creación de milicias populares, la extensión y la mejora de las construcciones defensivas y el aumento de la moral de las tropas regulares y de los vecinos. Por todo ello, Manuel de Amat mereció, según su mejor

¹ Franz A. J. Szabo, *The Seven Years War in Europe: 1756-1763*, Londres/Nueva York, Routledge, 2013.

² María del Carmen Velázquez, *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808*, México, El Colegio de México, 1950.

biógrafo, el calificativo de “militarizador del Perú”.³ En consecuencia, casi en los mismos años, nos encontramos con dos personajes enérgicos, de fuerte personalidad, comprometidos con la defensa de los territorios americanos y fieles servidores del monarca borbón. El virrey Amat y José de Gálvez, protagonistas de la misma coyuntura histórica, vivieron en alerta frente a las noticias o los rumores sobre la presencia de extranjeros en el Pacífico y, cuando el rey los obligó a tomar medidas, se lanzaron a frenar a los rusos en el Pacífico Norte, a ocupar la Alta California, a detener a los pueblos indios del septentrión novohispano, y a recorrer las costas y las islas del extremo sur del continente y del Pacífico profundo con el fin de neutralizar los asentamientos de otras naciones europeas.

Con este propósito, se organizaron tres expediciones a la isla de Tahití, entre 1772 y 1775, por el virrey Amat que, junto a la jornada a la isla de Pascua, componen el capítulo más interesante de los viajes marítimos organizados por el virreinato peruano durante el el siglo XVIII.⁴ Los resultados (diarios, relaciones, cartas, misivas, artefactos, etc.) han sido destacados por los historiadores y antropólogos del gran océano,⁵ si bien la experiencia de una misión en el puerto de la Santísima Cruz de Ojatutira, protagonizada por dos frailes, un intérprete y un marino durante casi un año, ha quedado en un segundo plano. El objetivo principal de este trabajo es analizar la fundación, las relaciones entre los diversos actores, principalmente de los tahitianos con los frailes, y las causas del fracaso de esta singular experiencia oceánica.

El nacimiento de un mito

Para ambos virreinos, el Pacífico era una enorme masa de agua llena de peligros, ambigüedades, mitos, problemas y un proceso

³ Alfredo Sáenz-Rico Urbina, *El virrey Amat. Precisiones sobre la vida y la obra de don Manuel de Amat y de Junyent*, Barcelona, Ayuntamiento de Barcelona, Museo de Historia de la Ciudad, 1967, v. 1, p. 214.

⁴ Un panorama general del Pacífico en la centuria ilustrada en Salvador Bernabéu Albert, *El Pacífico ilustrado: del lago español a las grandes expediciones*, Madrid, Mutualidad de Seguros de la Agrupación de Fincas Rústicas de España (Mapfre), 1992.

⁵ Las fuentes sobre la presencia española en Tahití han sido editadas en varias ocasiones e idiomas. Los nombres de algunos pioneros son Francisco de las Barras de Aragón, Bolton Glanvill Corney, Fernández de Navarrete, Celsus Kelly, etc. Por las características de este trabajo, he utilizado la colección más completa y reciente, publicada por Francisco Mellén Blanco, *Las expediciones marítimas del virrey Amat a la isla de Tahití, 1772-1775. Manuscritos españoles del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Gondo, 2011.

no concluido de descubrimientos, evangelización y colonización. Por ello, aparte de proteger la única ruta comercial transpacífica permanente, la del galeón de Manila, la acción oficial se encaminó, desde el siglo XVI, a eliminar colonias extranjeras o a entorpecer sus incursiones depredatorias. Tanto México como Lima contaron tras la Paz de París (1763) con mejores barcos y modernos instrumentos de navegación, oficiales guardiamarinas, mapas y diarios, tropas europeas, un nuevo departamento marítimo (San Blas de Nayarit), grupos milicianos y misioneros de los Colegios de Propaganda Fide, especializados en la evangelización de territorios lejanos y peligrosos. Si Gálvez encontró ayuda en el de San Fernando de la ciudad de México, Amat optó por el de Santa Rosa de Ocopa (1725).

Sin embargo, si contaban con parecidos medios y personas, las actuaciones de ambos virreinos fueron diferentes. José de Gálvez envió a cientos de personas (militares peninsulares, soldados de cuera, colonos, indios amigos, sirvientes y religiosos) a las Californias tras conocerse la supuesta llegada de los rusos al continente americano. Por el contrario, el virrey limeño apostó por los reconocimientos marítimos y terrestres antes de emprender acciones más contundentes, que sólo aprobaría si se encontraban las supuestas colonias extranjeras.

Así ocurrió cuando el barco francés *Saint Jean Baptiste*, procedente de Pondichéry (India oriental), llegó de arribada al puerto del Callao en abril de 1770 tras buscar la isla de David o Tierra de Davis —bautizada así en honor de su primer descubridor, el filibustero inglés Edward Davis en 1687, y posteriormente visitada por el holandés Jakob Roggeveen en 1722, quien la nombró en su diario como Pascua—. El fin descubridor estaba en las instrucciones del capitán francés Jean François de Surville, sustituido a su muerte por Guillermo Labbé, pero la enorme carga de productos asiáticos hallada en la bodega del *Saint Jean Baptiste* demostró que el principal objetivo era el comercio ilícito.⁶ En consecuencia, el virrey Amat mandó organizar una expedición que iría a reconocer la huidiza isla. El barco elegido fue la fragata *Santa María Magdalena*, capitaneada por Felipe González de Haedo, entre el 10 de octubre de 1770 y el 29 de marzo de 1771. Durante la estancia en la isla, rebautizada como San Carlos, entre el 15 y el 21 de noviembre de

⁶ Sobre el contexto, véase Silvia Hilton, “Apuntes sobre rivalidades internacionales y expediciones españolas en el Pacífico, 1763-1794”, *Revista de Indias*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, v. XLVII, 1987, p. 431-448.



1770, los oficiales y los pilotos trazaron los primeros mapas de la isla, llenaron el paisaje de topónimos castellanos, se elaboraron interesantes relaciones, se dibujaron por primera vez los famosos moáis, se tomó posesión de la isla, levantando tres cruces, y firmaron un acta en 1770 con varios jefes o caciques locales, estos últimos con signos de la escritura rongo-rongo.⁷

Pascua o isla de San Carlos tenía pocos atractivos para su poblamiento, y sus habitantes, aunque cordiales, mostraron una gran pobreza. A su favor, la ínsula contaba con una situación geoestratégica privilegiada y con cientos de almas para convertir al cristianismo. Pero durante 1771 y 1772, otra isla, que fue rebautizada en varias ocasiones (San Jorge, Nueva Citérea, Amat, Otaheite y Tahití), se convirtió en objeto de preocupación para la corte hispana. El famoso marino Jorge Juan dio a conocer la visita de James Cook, y Carlos III ordenó que se comunicase el desembarco inglés al virrey Amat con el fin de demarcar la nueva ínsula conocida por sus naturales como Otaheite. En los meses siguientes, tanto las autoridades de Madrid como las de Lima conocieron los nombres y las nacionalidades de otros intrusos. El capitán inglés Samuel Wallis descubrió la isla de San Jorge en junio de 1767; en abril de 1768, la avistó el francés Louis Antoine de Bougainville, quien la rebautizó como Nueva Citérea, y Cook realizó la primera de sus tres estancias del 13 de abril al 13 de julio de 1769 para medir el Paso de Venus por el disco lunar, un reto astronómico que unió a numerosos científicos e instituciones europeas.⁸

Las noticias sobre Tahití fueron creciendo, así como los falsos escritos que describían una exhuberante ínsula ya ocupada por los súbditos del rey Jorge III del Reino Unido. En consecuencia, se recordó al virrey Amat la orden de localizar la nueva isla, pero uniendo este viaje con una nueva escala en Pascua para describirla de forma satisfactoria con el fin de iniciar su poblamiento. Sin embargo, los planes para la conocida por los nativos como Rapa Nui formaban parte de una maniobra de distracción. Amat logró que no se conociera el destino principal de su expedición: Tahití, ya que el

⁷ Sobre las expediciones a Pascua, véase Rolf Foerster, *Rapa Nui, primeras expediciones europeas. La construcción dialógica de Isla de Pascua (Siglo XVIII)*, Rapa Nui, Rapanui Press, 2012. Una colección dedicada a las aportaciones españolas en Francisco Mellén Blanco, *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la isla de Pascua*, Madrid, Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), 1986. Los signos se reproducen en la p. 194.

⁸ Andrea Wulf, *En busca de Venus. El arte de medir el cielo*, traducción de Joaquín Chamorro, Barcelona, Taurus, 2020.

navío francés *Saint Jean Baptiste* todavía estaba amarrado en el Callao. En realidad, los barcos españoles nunca volvieron a Pascua.

El primer viaje a Tahití lo realizó la fragata *Santa María Magdalena*, alias *El Águila*, entre el 26 de septiembre de 1772 y el 31 de mayo de 1773.⁹ Al capitán Domingo Bonechea, le acompañaron el teniente Tomás de Gayangos, el primer piloto Juan Hervé (que ya había participado en el reconocimiento de la isla de Pascua), el alférez de navío Raimundo Bonacorsi y 68 plazas de marinería. Del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa se embarcaron fray José Amich y fray Juan Bonamo tras ser autorizados por el padre guardián fray Domingo de la Cruz. A diez leguas del puerto del Callao, el capitán Bonechea abrió un pliego sellado conteniendo la instrucción para el viaje a las islas del Mar de Sur.¹⁰ Sus puntos eran muy variados, pero remarcaba la decisión colectiva de la ruta a seguir por los oficiales, la recolección de información sobre las riquezas naturales, el respeto a las personas y las propiedades de los isleños, y las graves penas para los infractores.

La isla de Tahití se avistó el 8 de noviembre. Cuatro días más tarde, el alférez Bonacorsi, con otros marineros, aprovechando vientos favorables, alcanzaron tierra, superando los arrecifes que la circundan, y fueron recibidos por varios isleños con muestras de alegría. Como había pedido el virrey, se recogieron informaciones sobre las actividades de los ingleses, así como otras noticias etnográficas, geográficas, religiosas, etc. La fragata consiguió fondear en el puerto de Tairapu, cristianado como Santa María de Magdalena, cuyo plano fue levantado, mientras una lancha —mandada por el teniente Tomás de Gayangos, el segundo piloto Rosales y fray José Amich— tardó cinco días en dar la vuelta a la ínsula para levantar su plano. Fue renombrada isla de Amat. Oficiales y marinos fueron bien recibidos por todos los jefes o *eries*, especialmente por los más importantes: Otú y Vehiatua.¹¹ Como prueba de ello, cuatro jóvenes fueron llevados a Lima: Tipitipia, Heiao, Pautu y Tetuani. La *Santa María Magdalena* partió el 20 de diciembre de 1772 y, tras

⁹ Un resumen de las derrotas de los tres viajes españoles a Tahití, en Amancio Landín Carrasco y Luis Sánchez Masiá, “Los viajes promovidos por el virrey Amat”, en *Descubrimientos españoles en el Mar del Sur*, Madrid, Editora Naval, 1992, v. III, p. 725-788.

¹⁰ Reproducida en Mellen, *Las expediciones marítimas...*, p. 125-133. Consta de 35 puntos y está fechada en Lima, el 22 de septiembre de 1772. Amat también redactó una instrucción para los padres Amich y Bonapó, en diez puntos, editada en las p. 133-135.

¹¹ Vehiatua o Bejiatua era el título de la dinastía de señores que gobernaban la parte sur de Tahití durante la estancia de los españoles. Murió en 1775 a los veinte años de edad. Le sucedió su hermano Tetua-ounumaona, que falleció en 1790. En cuanto al *eri* (ari'i) *Tu*, conocido por los españoles como Otú, dominaba ocho distritos de la isla.

una escala en Valparaíso entre el 21 de febrero y el 2 de abril de 1773, la fragata puso rumbo a la isla de Pascua o San Carlos. Sin embargo, el descubrimiento de una vía de agua, que fue calificada de muy grave, obligó al capitán a poner rumbo al Callao, puerto en el que anclaron el 31 de mayo de 1773.

Ya en Lima, capitán y oficiales comunicaron al virrey Amat sus impresiones sobre las riquezas naturales y las características de sus habitantes, además de entregarle copia de los planos y los diarios realizados. El firmado por el capitán Bonechea fue enviado a la corte. También fueron al palacio virreinal los dos frailes del colegio de Santa Rosa de Ocopa para pedir licencia para retirarse, pues eran de edad avanzada. Amat le dijo al padre Amich, “con no sé qué modillo”, es decir, con cierta burla,¹² que escribiese de su parte a fray José Bueno, guardián del Colegio de Propaganda Fide, para que le enviase a otros dos misioneros con el fin de que formaran parte de la nueva expedición a Tahití.

Los Colegios de Propaganda Fide

Hacia finales del siglo XVII, la desatención de los franciscanos por las labores evangélicas (los padres preferían quedarse en las ciudades o lograr la titularidad de una doctrina) se convirtió en un grave problema para el papado, que décadas antes había fundado la Congregación de Propaganda Fide (1622) para impulsar los campos misionales en todo el planeta. La ingerencia de los objetivos romanos en el imperio español, donde estos temas formaban parte del Regio Patronato, frenó algunas iniciativas a pesar de que el continente americano contaba con grandes áreas sin evangelizar.¹³ No obstante, la necesidad de extender la acción misional mediante instituciones responsables y adecuadas, que prepararan a sus miembros para la dura acción que les aguardaba, prendió con fuerza en dos institutos: el jesuita y el de los franciscos. Si nos centramos en estos últimos, el principal objetivo que se trazaron fue la formación de los

¹² Fray Narciso González, “Diario de las cosas más notables” en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 820 (p. 819-839).

¹³ Sobre la importancia de estos colegios, véase Patricia Escandón, “La estrategia imperial y los colegios apostólicos de América”, en José Francisco Román Gutiérrez, Leticia Ivonne del Río Hernández y Alberto Carrillo Cázares, *Los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide. Su historia y su legado*, México, Gobierno del Estado de Zacatecas/Universidad Autónoma de Zacatecas/El Colegio de Michoacán/Ayuntamiento de Guadalupe 2001-2004, 2008, p. 43-54.

ministros que se enviasen a predicar a los pueblos bárbaros, los cuales debían contar, primero, con una férrea vocación, y, después, con conocimientos básicos en todas las materias necesarias para la fundación y el desarrollo de las misiones: desde la arquitectura y la ingeniería, a la agricultura y la medicina, sin olvidar una particular sensibilidad por las lenguas (gramáticas y vocabularios) y culturas autóctonas (imágenes, mitos, escritura, relatos orales, etc.)¹⁴

Sorteando numerosas dificultades, el mallorquín fray Antonio Llinás y otros compañeros lograron los breves *Ecclesiae Catholicae* del papa Inocencio XI (1686), aprobados por la Congregación y el Consejo de Indias, que se convertirán en la base de una cadena de Colegios de Propaganda Fide que se fundarían en el continente americano de norte a sur, empezando por el colegio de la Santa Cruz de Querétaro. Con miembros de este centro, se creó el Colegio Apostólico de San Fernando (1733), en la ciudad de México, cuya actividad fue fundamental en la Sierra Gorda y el noroeste novohispano, de la misma forma que la Amazonía sería el gran campo de acción del colegio de Santa Rosa de Ocopa, establecido el año 1725 en el valle de Jauja, por el vicecomisario fray Francisco de San José, procedente, también, del colegio-madre de Querétaro. Como ya he señalado, Santa Rosa fue fundado para convertir a los pueblos indígenas del pie de monte andino y los territorios amazónicos. A partir de la llegada de un grupo notable de frailes en 1734, se multiplicaron los trabajos que ya habían adquirido fama a la muerte del fundador, en 1736.

Del colegio partieron numerosas expediciones, como las que exploraron los ríos Huallaga, Marañón y Ucayali, siempre en busca de pueblos para convertir, sin importar su lejanía y dificultades geográficas, confeccionando vocabularios y varias estrategias para extender la evangelización por los inmensos y peligrosos mundos amazónicos. Años más tarde, la autoridad de Santa Rosa de Ocopa se extendió a todas las misiones del Maynas.¹⁵ Pues bien, en medio de las alarmas por la posible presencia de colonias inglesas en Tahití, el virrey Amat consideró que el colegio contaba con el personal idóneo para sus planes oceánicos, por lo que eligió a sus miembros para explorar la isla y levantar una misión.¹⁶

¹⁴ Lino Gómez Canedo, *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, 2.^a ed., México, Porrúa, 1988, p. 51 y s.

¹⁵ Sobre la expansión de las misiones del colegio, sus éxitos y fracasos, véase José Amich, *Historia de las misiones del convento de Santa Rosa de Ocopa*, edición crítica de Julián Heras, *Monumenta Amazónica*, Lima, Editorial Universo, 1988.

¹⁶ La designación como *hospicio* al establecimiento que quería levantar Amat causa confusión pues, en los pocos ejemplos que hemos encontrado para la zona, se da ese nombre

En el primer viaje a Tahití participaron dos franciscanos muy distintos. La participación de fray José Amich fue importante para la primera expedición a Tahití debido a los estudios y las habilidades adquiridas antes de entrar en religión. Hijo de José Amich y Emericiana Aranda, vino al mundo en Barcelona hacia 1711. Estudió ciencias exactas, matemáticas y cartografía en la ciudad condal, y se trasladó al virreinato peruano durante el gobierno de José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda (1745-1761), para trabajar en la reconstrucción de Lima y Callao, en particular en las fortificaciones militares, tras el terremoto de 1746. Cuatro años más tarde, el ingeniero Amich entró como novicio en el convento de San Francisco de Lima y realizó su profesión religiosa un año después. En 1755, ya ordenado sacerdote, ejerció como maestro de novicios en el convento de los Descalzos, y, en 1765, se incorporó al colegio de Ocopa para trabajar en las misiones del río Puzuzu. Desarrolló también su labor evangélica en la región de Cajamarquilla y Pataz, donde realizó importantes trabajos de exploración. En 1770 regresó a Lima y fue entonces cuando el virrey Amat le solicitó que formase parte de la primera expedición a Tahití tanto por su experiencia misionera como por sus conocimientos científicos. Realizó un diario y varios mapas.¹⁷ De regreso de la isla, se recogió en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, de franciscanos descalzos, donde desempeñó importantes cargos en uno de los centros misionales más importantes de América: maestro de novicios, guardián (1776-1778) y definidor de la provincia de los Doce Apóstoles. Su deceso se produjo en 1783.¹⁸

Su compañero, fray Juan Bonapó, era natural de Lieja (Flandes), pero pertenecía a la Santa Provincia de Castilla y al colegio de Cogolludo. Estuvo ocho años en las misiones de Huánuco. En 1765 participó con el padre Amich en las misiones de los ríos de Puzuzu y Ucayali. Más tarde, pasó a las de Cajamarquilla, en donde permaneció hasta 1769, año en el que regresó a la capital peruana para curarse de

a una misión incipiente. Para la época, el hospicio era una vivienda destinada a recibir a peregrinos, pobres y enfermos, levantada junto a un convento consolidado. De hecho, Santa Rosa de Ocopa también fue denominado *hospicio* durante un tiempo y no dejó de ser problemático el traslado de este nombre a Tahití. Los escritos y las crónicas también emplean para esta primera fase de fundaciones misionales de la Amazonía palabras como *casa*, *doctrina*, *oratorio* o *capilla*, ya fuesen levantados con materiales perdurables o con piedras y ramajes extraídos de la selva. Dedicaremos un futuro trabajo a indagar sobre el significado y los contenidos del hospicio en el Perú del siglo XVIII.

¹⁷ Fray José Amich, O. F. M., "Primer viage de los españoles a Otaheti", en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 535-544.

¹⁸ Fray Julián, Heras, O. F. M. (introducción y notas), *Libro de incorporaciones del Colegio de Propaganda Fide de Ocopa (1752-1907)*, Lima, Imprenta Ed. San Antonio, 1970, p. 40.

una enfermedad. Ya recuperado, siguió al padre citado en su viaje a la isla de Tahití. Tras la aventura oceánica, obtuvo permiso para volver a España, en donde murió en fecha y lugar desconocidos.¹⁹

A pesar de haber contribuido al levantamiento cartográfico de Tahití y de escribir una interesante relación, el virrey Amat y Junyet lo recibió con frialdad, y le ordenó que pidiera a su colegio otros dos miembros para que participasen en el segundo viaje a la bautizada posteriormente como Perla de la Polinesia. Los elegidos fueron el catalán Gerónimo Clota, nombrado presidente, y el extremeño Narciso González, quienes se trasladaron a la ciudad de Lima, a donde llegaron el 29 de noviembre de 1773. De inmediato se presentaron al virrey Amat, quien les pidió que se mantuvieran en el Hospicio de las comerciones hasta nuevo aviso.

El padre presidente fray Gerónimo Clotá, natural de Olot, diócesis de Gerona, entró en religión en la provincia de Cataluña. Siguiendo su vocación misional, llegó al colegio de Santa Rosa de Ocopa en 1768 en una misión de España comisionada por fray Isidro del Río. En 1769, el catalán evangelizó en la costa de Ica y, un año más tarde, pasó a las misiones de Cajamarquilla y, posteriormente, a la isla de Tahití, donde estuvo durante un año como presidente del hospicio de la Santísima Cruz de Ojatutira. Al regreso a Lima, el virrey le recriminó su inacción y falta de conversiones. El padre regresó a Ocopa, donde desempeñó el puesto de discreto (asistente del superior). El año 1780 recorrió los establecimientos misionales de Huánuco como visitador y fue elegido presidente de Chanchamayo. A finales del citado año pidió licencia para regresar a Cataluña, donde murió en fecha desconocida.²⁰

En cuanto a fray Narciso González Freire, sabemos que nació en la villa de Montemolín (Badajoz, Extremadura); tomó los hábitos en la provincia de San Miguel. Coincidió con su compañero Clotá, tanto en el viaje desde España —ya que también formó parte del grupo presidido por fray Isidro del Río—, como en el primer campo a evangelizar, Cajamarquilla, desde agosto de 1768. Durante su estancia en Tahití, paseó en varias ocasiones por la isla y se mostró un poco más curioso por las costumbres de los pueblos oceánicos que su compañero, pero no fue suficiente para que el virrey Amat alabase su actuación, pues lo acusó de quedar paralizado por el miedo, que lo llevó a pasar la mayor parte del tiempo

¹⁹ Heras, *Libro de incorporaciones...*, p. 60.

²⁰ Véase fray Gerónimo Clotá, "Diario de las cosas notables que ocurrieron en la isla de Amat (alias *Otageti*)", en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 805-817. Datos biográficos en Heras, *Libro de incorporaciones...*, p. 50.

dentro de la misión. Tras la experiencia oceánica, fray Narciso fue enviado a la provincia de Charcas.²¹

Como ya he señalado, las relaciones de los cuatro padres con el virrey Amat fueron malas y, desde mi punto de vista, injustas, pues el trabajo cartográfico de Amich es similar al de sus compañeros marinos, y los dos misioneros que quedaron durante un año en un pequeño establecimiento misional estuvieron demasiados expuestos a las veleidades de los jefes isleños, como veremos a continuación. Pero las cosas se hicieron mal desde el principio, pues durante los meses de preparativos, los dos tahitianos que se condujeron a Lima quedaron bajo las órdenes del virrey, lo que impidió que los franciscanos conocieran mejor el lugar a dónde iban a pasar una larga temporada, sus costumbres y su lengua.

Tahitianos en Lima

Los dos tahitianos que sobrevivieron al primer viaje fueron tutelados por el propio virrey. Otros dos tuvieron peor suerte: Tipitipia murió en Valparaíso de garrotillo (difteria) durante una escala realizada en el viaje de regreso a Lima, y fue bautizado con el nombre de José antes de expirar. El segundo, llamado Heinao u Oellao, falleció de viruela el 2 de septiembre de 1773 en el hospital limeño de San Andrés y fue cristianado el 28 de agosto anterior como Francisco José Amat. Los isleños restantes, que esperaron en la capital virreinal la vuelta a Tahití, llamados en su lengua Pautu y Tetuanui, fueron alojados en las habitaciones del palacio virreinal, donde recibieron clases de español, cultura general y religión. Y cuando estuvieron preparados para recibir el bautismo, Amat y Junyet organizó una gran ceremonia en la catedral limeña, el 11 de octubre de 1773, a las ocho de la noche, para su mayor gloria y esplendor, pues se había convertido, además de militar, en un promotor de la evangelización oceánica. Pautu recibió el nombre cristiano de Tomás y Tetuanui, el de Manuel. Los padrinos fueron José de Herrera, cura rector de la parroquia del Sagrario, Antonio Amat y Rocabertí, caballero de la orden de San Juan, capitán de la guardia de caballería, comandante y teniente coronel del batallón que guarda el presidio del Callao, y José Amat y Rocabertí, caballero de la misma orden y comandante del batallón de Dragones, estos dos últimos sobrinos del virrey. En el mismo acto,

²¹ Fray Narciso González, O.F.M., "Diario de las cosas más notables", en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 819-839. Sus datos en Heras, *Libro de incorporaciones...*, p. 70.

Diego Antonio Parada, arzobispo de Lima, confirmó a los dos tahitianos, que fueron apadrinados por Valerio Gasols, capitán de la guardia virreinal, y José Aramburu Morales, cura rector de la catedral.²²

No conozco la razón por la que los franciscanos no se hicieran cargo de la evangelización de los dos tahitianos, una labor cotidiana que les hubiera proporcionado información sobre el campo misional al que se dirigían, las diferencias entre personas que encontrarían en la isla, sus creencias y prácticas religiosas. Este trabajo lo realizó una persona excepcional, el soldado peruano Máximo Rodríguez, miembro de la primera expedición a Tahití y uno de los cuidadores de los isleños durante su estancia en Lima. La cercanía le permitió conocer la lengua tahitiana y trabajar como intérprete en el segundo viaje. Permaneció durante un año en la misión de los franciscanos. Sus experiencias quedaron plasmadas en un importante diario del que existen varias copias, un extracto y otra relación centrada en las noticias etnológicas y antropológicas que se encuentra perdida.²³ También se le atribuye la parte mollar del diccionario tahitiano-español, en el que también participó el piloto Juan Hervé, gran aficionado a todo lo relacionado con la isla de Tahití.²⁴

Durante esos meses, no dejaron de llegar a la corte del tercer Carlos nuevas noticias y rumores, sobre barcos y hombres extranjeros en Tahití, isla que se puso de moda en media Europa.²⁵ Un tsunami de noticias verdaderas y falsas atravesó el Pacífico y el Atlántico en todas direcciones, estimulando a publicistas, políticos, autores teatrales, pintores y filósofos. Tanto al rey, como a varios de sus secretarios les preocupaba tomar las medidas más acertadas, por lo que pidieron al virrey del Perú las informaciones que recopilase de capitanes y oficiales que anclaban en el Callao. De los pensadores patrios destaca el marino Juan de Lángara y Huarte (1736-1806), quien escribió un interesante informe que rubricó el 13 de noviembre de 1773 en San Lorenzo de El Escorial.²⁶

²² Saenz-Rico, *El Virrey Amat...*, v. 1, p. 307-308. En el segundo viaje también se embarcaron otros cuatro nativos con destino a Lima: tres de ellos murieron y uno desapareció.

²³ Máximo Rodríguez, *Españoles en Tahití*, edición de Francisco Mellén, Madrid, Historia 16, 1992.

²⁴ Se conservan tres copias: dos en el Archivo General de Indias (en adelante, AGI), MP-Escritura y Cifra, 53 y 53 bis. Se trata de 1123 palabras y los nombres de los primeros 30 números. La tercera en Biblioteca de Cataluña, ms. 208. Hay algunas diferencias entre ellas. Véase, Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 68-95.

²⁵ Smith Bernard, *European Vision and the South Pacific*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1985.

²⁶ Dictamen de Juan de Lángara y Huarte, San Lorenzo, 13 de noviembre de 1773, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 166-167.



Juan de Lángara, tras examinar el diario de Domingo de Bonechea a Tahití, de 1772, enumeró las dificultades para levantar un establecimiento en una ínsula sin riquezas para explotar (metales, maderas estimables, perlas pequeñas y de mal oriente), sin buenos fondeaderos para escala de los barcos, poco útiles en aquella latitud al sur del Ecuador; aguas por las que no navegaba el galeón de Manila (lo hacía al norte) y ubicación muy alejada de otros dominios hispanos. En un océano donde las islas se contaban por miles, el marino y científico juzgó no ser necesaria la ocupación de Tahití por los grandes gastos que tendría que realizar el Real Tesoro. Para Lángara, la única razón de levantar un establecimiento sería la salvación de las almas de los isleños y la extensión de la redención a otras islas. A su entender, la mejor solución sería el envío de varios misioneros acompañados de soldados, quienes vivirían fortificados en la isla de Tahití para defender a los franciscanos y facilitar la expansión del catolicismo a toda la población.²⁷

En realidad, las mismas reflexiones de Juan de Lángara podían aplicarse a la expansión por la Alta California, que contemporáneamente se evangelizaba gracias a los franciscanos mediante una cadena misional defendida por varios presidios, piquetes de soldados de cuera y pueblos de colonización. Sin embargo, el enérgico y meticoloso Amat ordenó que se levantase en Tahití una misión aislada con sólo dos franciscanos, el intérprete Máximo Rodríguez, y un marino como ayuda de casa y campo. La decisión del virrey llenó de incertidumbre a los religiosos. El padre presidente escribió en su diario: “No se pasaron por alto algunas dificultades que propusimos a su excelencia, pero viendo se cerraban las puertas, nos sacrificamos hacer la expedición por la honra de Dios y bien de aquella nación gentilicia de la dicha isla de Otageti.”²⁸ ¿A qué dificultades se refería fray Narciso González? La más importante ya la hemos apuntado: dos padres y dos ayudantes quedarían solos durante un año a merced de la voluntad de los isleños y sus *eries* sin ayuda y defensa de un destacamento militar. En Tahití se levantaría una misión para iniciar la relación con los nativos mediante la curación de los enfermos y el reparto de regalos. Las reticencias de los padres fueron numerosas, pues sin reunir a los nativos en pueblos era imposible el evangelizarlos. Finalmente, se llegó a un acuerdo con el virrey: que el próximo viaje de la fragata, previsto

²⁷ *Ibidem*, p. 166.

²⁸ Fray Narciso González, O.F.M., “Diario de las cosas más notables”, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 821 (p. 819-839).

para un año más tarde, conduciría, además de los bastimentos y los alimentos, a un grupo de soldados que levantarían un presidio militar en la isla.

Tomada la decisión, Amat inició los preparativos del segundo viaje a Tahití, para el que no escatimó dinero. Junto a los víveres y bastimentos para un año, miles de piezas de regalo servirían para premiar y ganarse la voluntad de los tahitianos, quienes seguro que apreciarían una completa colección de medicamentos, así como la llegada de nuevas plantas y animales para su subsistencia. Pero lo más significativo fue la construcción de una casa portátil en el Callao por el maestro mayor de carpintería Juan Bucio, que se trasladaría por partes para montarse en Tahití. Para conducir todas estas piezas y materiales, una segunda nave acompañaría a la fragata *Santa María Magdalena*, alias *El Águila*. Se trataba del paquebote *San Miguel*, alias *Júpiter*, bajo el mando de su capitán y primer piloto, el chileno José Andía y Varela, quien dejó sus impresiones del viaje en un diario.²⁹

El virrey Amat, siguiendo una tradición del siglo XVI, encargó un amplio interrogatorio de cien preguntas para profundizar en la cultura, el sistema político, las riquezas, las diversiones, las costumbres, las creencias, etc., que complementaría el diccionario español-tahitiano. Todo ello con el fin de obtener verdaderas noticias con las que elaborar un informe completo de la cultura polinesia.³⁰ Los barcos de la Ilustración surcaban del virreinato limeño a una lejana isla oceánica con el fin de sentar las bases de una futura ocupación hispánica. Pero los resultados no fueron los que se esperaban.

Llegada e instalación del hospicio de Ojatutira

La segunda expedición a la isla de Tahití, que se desarrolló entre el 20 de septiembre de 1774 y el 8 de abril de 1775, estuvo compuesta por la fragata *Santa María Magdalena*, alias *El Águila*, de nuevo capitaneada por Domingo de Bonechea, y el paquebote *San Miguel*,

²⁹ José Andía y Varela, “Relación del viaje hecho a la isla de Amat y otras adyacentes”, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 585-621. Las copias de esta relación, algunas de ellas no completas, son muy numerosas.

³⁰ “Interrogatorio de diferentes preguntas de que fueron encargados los últimos oficiales que han pasado a las Islas de Otaheti por el mes de septiembre de 1774 para que se instruyesen y diesen razón por menor de sus circunstancias y estado”, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 585-621.

alias *Júpiter*, mandado por su capitán Andía y Varela. Ambos barcos partieron del Callao el 20 de septiembre de 1774, si bien se separaron el 5 de octubre siguiente y realizaron por separado varios avistamientos de islas. Si los primeros viajes a Pascua y Tahití fueron de reconocimiento, ahora el virrey Amat envió, como ya conté, una casa portátil, dos misioneros, un intérprete y un ayudante.

El 14 de noviembre, la *Santa María Magdalena* avistó Tahití y pasó la noche dando bordos para sortear los vientos contrarios y lograr alcanzar la costa. Descubrió a las 8 de la mañana al paquebote *Júpiter* que le hacía señales de unión. El bote de la fragata buscó buen puerto durante varios días sin éxito y subió a bordo a los principales *eries* de la isla, pero los vientos contrarios alejaron las naves. Los nativos pensaron que los españoles querían secuestrar a sus jefes. Pero nada más lejos de la realidad, pues a la primera ocasión que pudieron, la *Santa María Magdalena* y el *Júpiter* se acercaron a la costa para regocijo de familiares y súbditos. Finalmente, los barcos hicieron fuerza para ir al puerto de Santa María Magdalena, alias Guayurua. Posteriormente se trasladaron al cercano de la Santísima Cruz de Ojatutira. Los barcos arriaron las velas el 14 de noviembre en la costa norte de Tahití, en los dominios del *eri* Vehiatua, que concedió permiso para anclar los barcos y para iniciar los reconocimientos con el fin de levantar una misión en la isla.

El fragmento del “Plano del puerto de Santa Cruz de Otautira” que se reproduce ilustra el lugar escogido por los oficiales, con el beneplácito de los franciscanos y el permiso de los isleños, para levantar la misión. Se trata de una larga lengua de tierra que franquean dos ramales de un río de agua dulce (D) que bajan de las altas montañas y desembocan franqueados por dos cerros, de los cuales conocemos el nombre de uno: el de las Palmas, que sirve de marca para la entrada del puerto (E). El terreno termina en una punta (A: punta del puerto) resguardada por una barrera de arrecifes (H) que vela la costa. Los barcos sólo tienen entrada y salida por el lado que mira al hospicio. El autor indica con la letra B el lugar donde existían chozas indígenas que fueron desmanteladas, mientras la letra C muestra los cimientos de la misión, en rojo, y junto a ella el huerto dividido en cuatro secciones. La cartela señala: “Casa de los padres misioneros, en cuyo frente está enterrado don Domingo Boenechea, capitán de fragata de la Real Armada y comandante de la nombrada Águila”. Además del capitán, está enterrado un marinero en la base de la pequeña cruz que se dibuja frente a la misión (en rojo).

La llegada de los barcos fue muy celebrada por los *eries*, especialmente por los dos más importantes, Vehiatua y Otú, quienes

festearon que los españoles cumplieran con su promesa de regresar a Tahití y trajeran consigo al menos a dos de los jóvenes isleños que condujeron a Lima en el viaje anterior.³¹ Los encuentros se multiplicaron por toda la isla. Los *eries* y sus familiares más próximos recibieron los regalos más valiosos, como hachas, cuchillos y otros productos de hierro. Los principales jefes también eran admiradores de las armas de guerra, desde morriones, cota, espaldar, etc. hasta los fusiles, cuyo poder querían conocer, aunque nunca se les regaló por motivos de seguridad. Bonechea, ante sus peticiones, tuvo que autorizar varias demostraciones en las que una bala atravesó, por ejemplo, una canoa de parte a parte. Además, los *eries*, que recordaban la estancia del capitán James Cook y sus hombres, preguntaban sin cesar por la grandeza del rey de España, sus posesiones, armadas, defensas, etcétera, llegando a dejar exhausto al intérprete Máximo Rodríguez en varias ocasiones.

Los tahitianos, como otros pueblos del Pacífico, eran muy aficionados a lo ajeno, por lo que no faltaron las situaciones incómodas. Al patrón del bote le robaron una chupa con un pito de plata, mientras al marinero José Navarro le faltaron varias camisas. Recibió una gran pedrada en la cabeza por enfrentarse a un grupo de isleños. Por otra parte, el marinero Esteban Gómez fue reducido por los nativos por quitarle un pañuelo a una mujer con la que había yacido. Pero el episodio más grave fue protagonizado por el grumete Pedro Carvajal, quien, al querer recuperar una camisa, amenazó a Vehiatua y Otú con la fuerza de los fusiles de los soldados, con tal poder de persuasión que los *eries* empezaron a recoger sus pertenencias y a reunir a sus familiares para marcharse, por lo que tuvieron que bajar los oficiales de la fragata —avisados por el intérprete— para aclarar lo sucedido y evitar la ruptura de las relaciones. El grumete fue castigado con permanecer siempre a bordo de la *Santa María Magdalena* y llevar un par de grilletes.

Las buenas relaciones entre los *eries* y los oficiales navales permitieron resolver las pequeñas disputas y crear una atmósfera de colaboración y paz, si bien varios sucesos demostraron que los conflictos entre *eries*, sus familiares y criados, grupos resentidos, ataques de los nativos de otras islas, etc., creaban una sensación de continua inestabilidad que los jefes tahitianos no podían evitar. Máximo Rodríguez recoge un caso interesante. Vehiatua había des-

³¹ En la época de la primera visita de los europeos, en 1767, la población nativa era de 47 000 a 50 000 habitantes. Estaban divididos en varios distritos políticos bien diferenciados y a veces enfrentados, pero tenían una cultura común, incluido el idioma. La economía se basaba en la pesca, la agricultura de taro, cocoteros y árbol del pan, y en la cría de cerdos.

terrado a un grupo de indios de la quebrada donde se levantó la misión, pero los expulsados se rebelaron y volvieron a Ojatutira a atacar a su *eri*. Conocida la situación por Bonechea, despachó a un oficial, un sargento, un cabo y varios soldados para resguardar la casa y apoyar militarmente a Vehiatua, lo que contribuyó a restablecer la paz con el poder de los fusiles, que eran muy temidos por los isleños. Este conato de rebelión demostró la variabilidad de los nativos, que los franciscanos remarcaron en sus escritos. Los marinos, por su parte, insistieron en el carácter pacífico y amable de los tahitianos, aunque fueron testigos de varios alborotos y enfrentamientos entre los partidarios de uno u otro *eries*, lo que trasladó al virrey limeño dos imágenes contrapuestas de Tahití.³² Los franciscanos fueron conscientes de estos peligros reales e incluso no estaban de acuerdo con el castigo de los nativos por parte de los oficiales —aunque parezca contradictorio—, pues pensaban que, cuando se quedaran solos, serían víctimas fáciles de sus venganzas.

Pero primero había que levantar la misión, objetivo principal del viaje. A finales de noviembre de 1774, el capitán Bonechea y el primer piloto Hervé delinearon el sitio de la construcción y su huerta, y amojonaron el terreno en los días siguientes. No era un gran espacio y contaba con inconvenientes —la leña y el agua se encontraban lejos, pues estaba salada un buen trecho—, pero era el mejor lugar que los oficiales y los frailes habían encontrado en una isla de costas agrestes y rodeada de peligrosos arrecifes. Además, había una salida al mar frente a la casa que les daba cierta seguridad en caso de tener que dejar la isla con premura. Entre el 29 de noviembre y el 30 de diciembre se levantó una construcción de postes y una gran cubierta, semejante a las locales, para resguardar la casa de madera que el paquebote había transportado por piezas desde Lima. La citada estancia, que tenía cinco metros de frente y diez de fondo, se montó el 20 de diciembre, para asombro de todos los isleños, por lo que Vehiatua pidió dormir en su interior, aunque antes tuvieron que limpiarla y eliminar docenas de ratas.³³ Cuando se dispusieron las

³² Por ejemplo, sobre el tumulto del 3 de diciembre, dice el intérprete Máximo “a lo que supe fue por robar las canoas y arrebatarles la comida que traían, pues como me informé es costumbre entre ellos cuando un Eri está en tierras de otro y le traen comida de sus partidos el arrescatarlas los de país sin que esto se pueda estorbar”, Rodríguez, *Espanoles en...*, p. 61.

³³ Escribió el capitán Gayangos que “...se armo la Casa Portatil en el interior de la de firme, tiene de frente seis varas y diez de fondo: los Yndios concurrieron a verla armar y todos quedaron mui admirados tanto de la promptitud de esta faena como del buen ajuste de todas sus piezas”. Gayangos Tomás de, “Diario de la Navegación”, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 551-583: 563.

camas, el *eri* mandó darles la vuelta, pues los pies se dirigían a un *emarae*, lugar sagrado donde se realizaban las ceremonias religiosas.

En las siguientes jornadas, algunos miembros de la fragata y el paquebote remataron ambas construcciones y, ayudados por los nativos, se inició el desembarco de los bastimentos y los enseres de los frailes, el 31 de diciembre. Al día siguiente se dijo la primera misa con toda solemnidad y la misión quedó inaugurada el primero de enero de 1775. Además de los baúles y las cajas con medicamentos y obsequios, las camas y demás enseres domésticos, los padres contaron con un oratorio o altar portátil, presidido por la imagen de lienzo de Nuestra Señora de Monserrate. Y en el exterior de la casa, pronto fueron apareciendo otros elementos de la tradición cristiana como una gran cruz de casi tres metros en la que podía leerse: *CHRISTUS VENZIT: CAROLUS III. IMPERIT, 1774*; sendas estampas de Carlos III y el papa Clemente XIV, que asombraron a los isleños, y unas campanas que empezaron a sonar a partir del 28 de febrero.

Alrededor del hospicio, se proyectó una huerta que fue necesario cercar con quinchas —entramado de juncos o cañas recubierto de barro— para impedir la entrada de los isleños. Fue una labor ardua, pues la recolección de juncos era un trabajo muy laborioso por la lejanía de donde se encontraban y fue necesario recurrir a Vehiatua para que sus criados ayudasen a los padres. Hay que resaltar la importancia de la citada huerta, pues se lograron aclimatar numerosas frutas y verduras traídas de Lima: brócolis, escarola, lechugas, tomates, tabaco, zapallos, verdolagas, ajos, melocotones, chirimoyas, etcétera. También condujeron los barcos a animales: desde gatos y perros, hasta vacas y cerdos, estos últimos muy apreciados por los isleños, que ya conocían otra variedad de puercos.

Pero si un espacio exterior al hospicio fue pronto respetado por su significación religiosa éste fue el cementerio, cuyo terreno se acotó frente a la casa, como ya vimos. El primer inquilino fue el marinero Manuel Vázquez, quien murió el 6 de diciembre de 1774 al caerle parte de una gran palmera. Pero fue el deceso del capitán de la fragata, Domingo de Bonechea, y su entierro el 27 de enero de 1775, lo que causó un gran impacto entre los tahitianos, ya que todas las tripulaciones se implicaron en una solemne ceremonia que causó admiración y miedo a partes iguales por el gran número de descargas de fusiles y cañones que se realizaron en su honor.

Uno de los episodios más importantes que protagonizaron los marinos españoles y los nativos fue el pacto hispano-tahitiano, realizado el 5 de enero de 1775. Los *eries* Otú y Vehiatua aceptaron la

soberanía del rey de España, de quien recibirían, a cambio, apoyo militar y defensa frente a terceros. El acta fue levantada por el contador Pedro Freyre de Andrade.³⁴ A punto de levar anclas y desplegar velas rumbo al Perú, capitaneados por Tomás de Gayangos, oficiales y frailes eran conscientes de la buena acogida dispensada a los foráneos, pero también habían presenciado varios sucesos en donde el poder de los *eries* se ponía en entredicho, así como la falta de entendimiento entre isleños y foráneos.

Los padres se quedan solos (28 de enero al 7 de noviembre de 1775)

Levantadas las pequeñas estancias de la misión, los franciscanos se refugiaron en ellas y visitaron el resto de la isla en pocas ocasiones, actitud que les criticó el virrey Amat a su regreso a Lima. En defensa de los primeros, hay que señalar que los nativos vivían muy repartidos por toda la isla y gozaban de gran movilidad debido al fácil transporte de los materiales de sus construcciones y de los pocos bienes que poseían. Pero, sin duda, los frailes hubieran podido tener más presencia entre los *eries* para ganarse su voluntad y, contando con ella, aprender el idioma, completar el vocabulario hispano-tahitiano, verter a esta lengua las principales oraciones católicas y el catecismo. Los niños podrían haber sido otra forma de introducir el evangelio entre los isleños. Pero nada de esto se realizó. El miedo se apoderó de los padres y, a pesar de tener a Vehiatua como protector, la mayoría de las salidas fue a cazar o a recoger plantas por los alrededores del hospicio y tres visitas al citado *eri* cuando se encontraba muy enfermo. Sin duda, fray Gerónimo y fray Narciso quedaron paralizados durante gran parte de su estancia en solitario en Tahití, aunque fue un proceso que se radicalizó durante las últimas semanas en la isla. Con la salida de los barcos, las relaciones entre nativos y franciscanos fueron empeorando: de las burlas se pasó al intento de matar al padre Gerónimo por parte de un sacerdote; de los pequeños hurtos, al robo de grandes animales y objetos sagrados, y de la indiferencia a una hostilidad propiciada por varios fallos de los franciscanos y la muerte de su defensor Vehiatua. Según el padre Gerónimo, todos los días se apostaban en las proximidades del hospicio unas tres mil personas, y algunos días más:

³⁴ El original en AGI, Lima, 1035, editado en Mellén, *Las expediciones marítimas ...*, p. 24.

Como era tan grande el número de gente que desde el amanecer hasta la noche nos rodeaba, yéndose unos y viniéndose otros de nuevo, con la gritería de unos y otros estábamos como fuera de juicio sin acertar a hacer cosa alguna, que aun para comer parece se nos había borrado la memoria. Para poder rezar el oficio divino me encerraba dentro de la casa, y entretanto mi compañero estaba dando vueltas para estorbar no robasen alguna cosa, pues parece este era el fin de los gentiles. Luego que yo acababa de rezar, se encerraba mi compañero, y yo me quedaba haciendo la misma diligencia. Tanta era la molestia de aquellos hombres, que no nos daban lugar para hacer aquellas necesidades ordinarias a la naturaleza. Pues luego que nos veían salir, se iban en pos de nosotros. Unos nos llamaban ladrones, que en su lengua se significa por esta palabra *guariro*; otros borrachos *ababa*; otros *neneba norima*, locos de Lima; otros hijos de ... *taona*, y otros muchos dicterios que, con los ademanes que hacían, conocíamos lo que querían decir. Otros más desvergonzados y deshonestos decían: amigo tomaba caracoles: *tayo porejo*, y poniendo la mano nos enseñaban las pudendas.³⁵

Aunque con el tiempo disminuyeron los sobresaltos, no faltaron cada cierto tiempo los robos de camisas, estolas, animales o plantas. Mientras tanto, los padres se dedicaron a curar a los pocos enfermos que llegaban a la misión, a rezar y a vigilar la casa y el huerto. Junto a ello, la terminación del vallado del espacio concedido por Vehiatua fue siempre un tira y afloja con los tahitianos, que presionaron a los padres para que premiaran sus esfuerzos con cuchillos, hachas y otras cosas de metal.

En ocasiones, a las tensiones del exterior se unían varios problemas internos, donde no faltaron los roces y los enfados entre los dos frailes, el intérprete y el marinero Francisco Pérez, que quedó para cocinar principalmente. En una ocasión, este último le pidió a Máximo Rodríguez que le escribiera una nota en la que denunciaba a los padres por obligarlo a realizar tareas de albañil, carpintero, jardinero, etc., cuando su único trabajo debía consistir en cocinar y cuidar las plantas comestibles. Pérez era una persona irritable que protagonizó varios enfrentamientos con los tahitianos y se convirtió en la queja más frecuente de *eri* Vehiatua.

En el otro extremo se encontraba el intérprete, cuya amistad con los *eris* y sus familiares le permitió conocer numerosos lugares de la isla, desde poblados a lugares sagrados o *emaraes*. Sus reiteradas ausencias del hospicio y la redacción de textos fueron muy

³⁵ Fray Narciso González, O.F.M., "Diario de las cosas más notables", en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 819-839: 827.

criticadas por los franciscanos, que le recordaban al “Señor Don Tal” —así lo llamaban despectivamente— que no era más que un ruín soldado y criado de los padres, por lo que tenía que cocinar en ausencia o enfermedad del marinero.³⁶ Así lo hizo Máximo Rodríguez, aunque tuvo que defenderse de otras acusaciones, como la de haber consumido *eaba*, fuerte bebida con la que se emborrachaban los *eries* y sacerdotes. Esta familiaridad con las costumbres tahitianas, cuya lengua logró dominar, le permitieron conocer algunos planes en contra del hospicio, que informó a los franciscanos y a Vehiatua. Y cuando éste murió, consiguió que su madre ordenara a los criados que vigilasen y defendiesen al reducido grupo hispano. Por otra parte, Máximo Rodríguez aportó a las culturas tahitiana e hispana unos documentos excepcionales, que se contaron entre los mejores escritos del Pacífico en la centuria ilustrada.³⁷

Finalmente, los nativos Tomás y Manuel quedaron en medio de dos mundos: el hispano y el isleño. En un principio, como neófitos y conocedores de las costumbres de la sociedad limeña, debían de contar, asombrar y atraer a sus paisanos a la nueva vida que les ofrecían los frailes del hospicio. Sin embargo, poco a poco sintieron la presión de sus familiares y se escondieron en parajes aislados o en otras islas. En consecuencia, no contribuyeron a la concordia y el entendimiento entre sus parientes y los foráneos. Los franciscanos criticaron su rápido bautismo en Lima por orden del virrey, a quien acusaban de haber impulsado la ceremonia en la catedral sin la debida preparación de los tahitianos en los misterios de la fe.

Los padres se van

Gran parte del tiempo de los padres y del intérprete giró en torno a la enfermedad de Vehiatua, tanto por ser protector de la misión, levantado en sus dominios, como por la buena sintonía con los capitanes y los oficiales de los barcos. Máximo Rodríguez anota en

³⁶ Rodríguez, *Espanoles en...*, p. 111.

³⁷ Nacido en Lima en 1754, Rodríguez navegó a España en 1767. Volvió a Lima en la escuadra de Antonio de Arce. En 1770, se enroló en el navío San Lorenzo, explorando la isla de Pascua, para posteriormente, en la fragata *Santa María Magdalena*, participar en el primer viaje a Tahití en 1772. En el segundo viaje fue contratado como intérprete, y se quedó en el hospicio entre noviembre de 1773 y noviembre de 1774. Sobre su obra, véase Francisco Mellén Blanco, “Tahití. El diario de Máximo Rodríguez y sus copias”, en *España y el Pacífico*, edición de Antonio Abásolo, Córdoba, Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1995, p. 25-37.

su diario el progresivo deterioro de la salud del *eri* y los continuos remedios que les suministraron los padres, hasta que fray Gerónimo Clotá se negó a medicarlo en vísperas de su muerte para que sus familiares y criados no pensarán que el deceso se debía a los fármacos limeños. Pero antes del fatal desenlace, los padres descubrieron que, según sus tradiciones, el *eri* podía mejorar gracias al sacrificio de varios inocentes. El primero de agosto, por ejemplo, el citado fraile y el intérprete fueron a visitar un *emarae* donde descubrieron a un padre y a un hijo muertos para sacrificarlos a su divinidad, *Eatua*. Y al regreso al hospicio, descubrieron que otros criados conducían un tercer cadáver. A estos tres se sumaría una cuarta persona, lo que horrorizó a los padres, que encontraron en esta práctica un buen argumento para dejar la isla si no venían fuerzas militares para protegerlos.

Otra evidencia de la necesidad de contar con la fuerza de las armas la encontramos en un suceso ocurrido en una isla sagrada (gran *emarae*), en el distrito de Tallarapu. Al querer visitarla el padre Narciso, uno de los sacerdotes o *tahuas*, que estaba bebido y afirmaba que tenía a *Eatua*, el dios, metido en el cuerpo, intentó matarlo con una piedra, lo que evitó uno de los criados de Vehiatua. Finalmente, ni los sacrificados ni otras ceremonias de sus sacerdotes evitaron la muerte del *eri* la madrugada del 6 de agosto. Estaba presente el intérprete por voluntad de su madre, llamada Opo, muestra de la gran estima que los tahitianos tenían hacia este soldado peruano.

A partir de ese día, los franciscanos temieron que otros *eries* los atacaran, pues la anarquía reinaba al fallecer uno de ellos, en especial si tenía gran poder. Según un indio mozo allegado al hospicio, llamado Maioro, los jefes del partido de Tallarapu y Arajero habían manifestado que, a la muerte de Vehiatua, asaltarían el hospicio y matarían a sus moradores. Los sobresaltos fueron en aumento, de modo que la madre del *eri* fallecido envió a algunos de sus criados para que defendieran a los padres y, cuando el ataque parecía inminente, nuevos criados se reunieron en Ojatutira para vigilar los movimientos de los enemigos. Incluso ordenó a su hijo, nombrado nuevo *eri*, que se instalara en el hospicio para evitar cualquier acometida. En consecuencia, podemos resumir que los *eries* defendieron el hospicio a pesar de la inestabilidad que acompañaba el deceso de uno de ellos. Esta protección llama más la atención al descubrirse los destrozos de los franciscanos de los *emaraes* cercanos, lugares sagrados para los tahitianos. Los padres se llevaron las piedras labradas para proteger la entrada del hospicio y construir el suelo de algunas dependencias.

Finalmente, los tahitianos manifestaron su rencor hacia los foráneos, ya que su presencia coincidía con el aumento de los fallecidos en la isla. El 17 de diciembre de 1775, el intérprete escribió: “En estos días murieron barios indios nobles y plebeyos de una peste que les dá, la qual no es otra cosa que un gran resfrío [...] y esta enfermedad dicen ser originada de nuestra estada, pues en la primera expedición de la fragata fue lo mismo”.³⁸ Y así lo recogió también Gayangos en su diario. Los nativos sufrían “una epidemia de fiebres catarrales, de que murieron muchos durante nuestra mansión en el puerto provenida sin duda alguna de las muchas aguas y soles que sufrían por el gusto de venir a bordo”.³⁹ Por supuesto, en aquellos tiempos nadie pensó en la rápida difusión de las enfermedades continentales que antes no existían en Tahití, y que los españoles y otros europeos llevaron a la isla.

Todos estos sucesos y noticias aumentaron los deseos de los padres de dejar la isla, pretensiones que se materializaron cuando la fragata *Águila*, bajo el mando de Cayetano de Lángara, fue enviada en un tercer viaje desde el Callao, el 27 de septiembre de 1775, para llevar bastimentos y conocer el estado del pequeño establecimiento hispano en la Polinesia. La isla fue avistada el 30 de octubre y lograron dar fondo en la boca del puerto de Ojatutira el día 3 de noviembre. El capitán Lángara envió una nota a los padres para que le comunicaran cuándo podían recibir los alimentos y las medicinas que conducía para la misión. Los padres se negaron al desembarco de la carga, ya que estaban decididos a regresar al Callao junto al intérprete y al marinero. Las causas son enumeradas en otra misiva fechada el mismo día.⁴⁰

Los frailes criticaron que el paquebote no transportara a los militares prometidos por Amat y Junyent para que sirvieran de protección y defensa al hospicio, y para que se pudieran poner las bases de una sociedad cristiana, empezando por reunir a los dispersos nativos en ordenados pueblos. El virrey limeño les había prometido la llegada de soldados tras un año en soledad en Tahití con el fin de iniciar un encuentro amistoso, sin imposiciones. Pero el virrey catalán mintió. Los deseos de los padres estaban más que justificados, pues, aunque no surgieron problemas graves de con-

³⁸ Rodríguez, *Españoles en...*, p. 66.

³⁹ Gayangos, “Diario de Navegación”, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 551-583: 563.

⁴⁰ La colección de misivas entre los franciscanos y el capitán Cayetano de Lángara se encuentra en AGI, Lima, 654, con copia en el Archivo General de Simancas (en adelante, AGS), Secretaría de Marina, 417-2 (943). Editadas en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 840-845.

vivencia por la protección del *eri Vehiatua*, los franciscanos se sintieron desamparados, sin defensa, frente a un enemigo inestable, sin una obediencia ciega a sus jefes. Faltaban fusiles y bastimentos suficientes para hacerles frente. Los padres enumeraron las misiones arrasadas por los indios amazónicos, como Manoa y Cajamarquilla, de modo que el permanecer en Tahití chocaba con el precepto natural que obliga a conservar la vida entre pueblos bárbaros. El convertirse en mártires debía ser voluntad de Dios, no del virrey Amat.⁴¹

Fray Gerónimo y fray Narciso calificaron a los isleños de personas crueles e inhumanas, y fundaron estas duras afirmaciones en los sacrificios de nativos adultos e infantes, de modo que confirmaron al capitán Lángara su partida por la falta de esperanza de lograr algún fruto. La respuesta no se hizo esperar. Cayetano de Lángara pidió a los frailes, el 5 de noviembre, según las instrucciones que portaba, que expresaran por escrito los progresos que esperaban de su labor evangélica. Del informe —añadía Lángara— dependería el seguir con el proyecto tahitiano o echar por la borda el inmenso caudal gastado por la corona en las tres expediciones a Tahití. Un día más tarde, los padres contestaron con contundencia que no se podía esperar ningún progreso entre los gentiles isleños. Según los franciscanos, los nativos vivían dispersos, sin justicia ni subordinación, arraigados en su falsa fe a *Teatua*, su Dios, y en sus errores y costumbres inhumanas como los sacrificios de personas. Finalizaron su escrito con el demoledor ejemplo de Tomás Pautu y Manuel de Amat, bautizados en Lima, quienes, a pesar de los favores recibidos y de los auxilios comunicados por la gracia de Dios, se alejaron de la comunidad cristiana y volvieron a sus orígenes perversos, prueba de la dificultad de convertir a los isleños sin el amparo de las armas. Ante la postura inamovible de los padres, Cayetano de Lángara les informó, en una nueva misiva datada el 7 de noviembre de 1775, que no realizaría el desembarco de los bastimentos que llevaba para ellos y que podían iniciar el empaque de sus cosas, así como las del intérprete y el marinero, para regresar a Lima. Antes de partir, los marinos del *Águila* hicieron aguada, completaron la leña y embarcaron todo el ganado que pudieron para que no creciera en libertad y favorecer con ello a las tripulaciones enemigas. Por último, se entregaron a la madre del difunto *eri Vehiatua*, a su padrastro Titorea, a su sucesor, el joven *eri*, y a otros criados herra-

⁴¹ Sobre los conflictos entre funcionarios y misioneros, véase Cameron D. Jones, *In Service of Two Masters. The Missionaries of Ocopa, Indigenous Resistance and Spanish Governance of Bourbon Peru*, Stanford, Stanford University Press/The Academy of American Franciscan History, 2018.

mientas y otros bienes que ellos apreciaban “para que conserven con cuidado el hospicio por si Su Majestad halla acertado continuar estas expediciones”.⁴²

Los materiales y los objetos de casa y capilla se embarcaron a partir del 7 de noviembre y fue un trabajo arduo por las pocas personas que participaron en la operación, pero el día 11 sólo quedaban en el hospicio las camas de los frailes. Un día más tarde, los padres y sus colchones se embarcaron en la fragata, que largó velas inmediatamente rumbo al Callao, puerto en el que ancló el 17 de febrero de 1776, tras 143 días de navegación. Al día siguiente, capitán, oficiales y frailes fueron recibidos por el virrey peruano. A los padres les dedicó duras palabras, sin considerar su dignidad como religiosos, por el abandono la misión. Para Amat, lo sucedido era inaceptable, por lo que no escatimó en reproches y críticas.

Los mismos juicios los encontramos en las misivas del virrey catalán a Carlos III y a varios de sus secretarios, en los que enumeró los pasos errados de los padres, su inacción y sus miedos, que fueron desmentidos por los oficiales y el intérprete, cuyos diarios y escritos se convirtieron en acusaciones contra el proceder de los franciscanos. El militar barcelonés volvió a criticar a los padres en su *Memoria de Gobierno*, donde anotó “En semejantes ocasiones es constante que los Misioneros apartados del celo apostólico, declinan en sustos y temores: son como los Soldados a quienes les falta honor y amor al Rey y a la Patria”.⁴³ Sobre su negativa a mandar tropas, el virrey se defendió con los datos que le proporcionó Máximo Rodríguez en distintas conversaciones —los mismos testimonios que detalló en su diario—, pues éste había recorrido con libertad toda la isla y se había relacionado con cientos de isleños, muy agasajado en todas partes.

Conclusiones

La decisión del virrey Amat y Junyent de levantar un solo hospicio con dos frailes y sin escolta fue errónea. Hubiera sido más efectivo el envío de una o dos naves cada cierto tiempo para vigilar que los

⁴² Oficio tercero. Fray Gerónimo Clota y fray Narciso González a Cayetano de Lángara, Santísima Cruz de Ojatutira, 7 de noviembre de 1775, en Mellén, *Las expediciones marítimas...*, p. 843.

⁴³ Manuel de Amat y Junyent, *Memoria de Gobierno. Manuel de Amat y Junyent, Virrey del Perú, 1761-1776*, edición de Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947, p. 336.

extranjeros no se instalaran ni en Tahití ni en otra isla de la Mar del Sur. Por otra parte, la acción de los misioneros es muy criticable, pues su falta de acción es incomprensible si procedían de un Colegio de Propaganda Fide, dedicado a la extensión de la evangelización en regiones difíciles. Podían haber realizado una labor más profunda a varios niveles, empezando por conocer la lengua de la isla y sus costumbres, redactar gramáticas e informes para sus sucesores y haber iniciado la evangelización de grupos de niños, ya que contaron con el apoyo de los dos *eries* más importantes de la ínsula. Pero los frailes tenían razón sobre la falta de una autoridad fuerte y el carácter cambiante de los isleños, lo que provocó el aumento del miedo a ser atacados y asesinados. Al final, la evangelización de Tahití por los franceses, ya en el siglo XIX, demuestra que, en mi opinión, el mandatario catalán no estuvo a la altura de las circunstancias.

En 1797, los misioneros de la London Missionary Society llegaron a Tahití, convirtieron al cacique Pomaré e intentaron transformar el nuevo reino en una nación calvinista independiente, pero fracasaron y tuvieron que marcharse. Fueron relevados por los misioneros franceses, quienes desembarcaron en 1834 y fueron expulsados dos años más tarde. Entonces, para apoyarlos en la evangelización, llegó un barco de guerra en 1838, y Tahití y Tahuata fueron declarados Protectorado francés en 1842. La capital isleña fue fundada un año después: Papeete. Finalmente, la isla quedó anexionada a Francia en 1880.

Lo más importante de los tres viajes hispanos a Tahití (1772-1775) fueron la perfección de las rutas oceánicas, los mapas generales y parciales de la isla principal y de otras que encontraron en el camino, los conocimientos acumulados en varios diarios y relaciones, y el excepcional trabajo de Máximo Rodríguez, reconocido como uno de los mejores documentos de la historia del océano Pacífico en el siglo de la Ilustración.

